

LA MANIFESTACIÓN DEL MIEDO EN EN CINE

FRANCISCO NEGREIRA

PROFESOR DE LA ESCUELA DE IMAGEN Y SONIDO DE A CORUÑA

Aristóteles escribe en el siglo IV a. c. una obra intentando explicar los mecanismos de funcionamiento del espectáculo escénico. Su famosa "Poética". Parece ser que este libro estaba compuesto de dos partes, la primera, que conservamos, explica cómo se articula la tragedia. A título de curiosidad, mencionar que probablemente se escribió una segunda parte en la que Aristóteles explicaba el funcionamiento de la comedia, pero parece ser que se perdió durante la edad media. Quizás recuerden, que esta idea la recoge Humberto Eco como argumento de su primera novela "El nombre de la Rosa" en donde encontramos un libro que se convierte en protagonista de la narración, causante de la muerte de varios monjes. En la trama de Eco, este libro, es la parte de la poética referida a la comedia, y su extravío es intencionado, en un planteamiento delicioso que entremezcla la historia y la ficción novelada. Pero volvamos al texto que conservamos. En él, Aristóteles nos señala que la finalidad de la tragedia, es la "catarsis".

Pero, ¿qué es esta catarsis que solemos traducir como purificación? Dentro de las prácticas chamánicas de los antiguos rituales griegos, a menudo, la expulsión de lo maléfico (por ejemplo el mal de un enfermo) venía acompañada de un simbolismo material. Un objeto maléfico, el provocador del mal o la enfermedad, era simbólicamente extraído, para evidenciar la extracción de las impurezas que provocaban la crisis y favorecer el proceso de curación. Ese objeto maléfico que encarna males e impurezas se denominaba khatarma, La expulsión o sacrificio del khatarma del enfermo, si nos referimos a un individuo, o de la ciudad, si nos referimos a una comunidad, permitía restablecer el orden. Este proceso de expulsión es la Khatarsis.

En la poética, Aristóteles utiliza esta palabra para explicar el efecto que la tragedia produce en el espectador. La catarsis se refiere así, a la purificación psicológica por el terror y la piedad. El espectáculo teatral, la tragedia, debe permitir a los espectadores, purificarse de las emociones negativas que nos producen temor y ansiedad, a fin de que salgan del teatro sintiéndose limpios y elevados.

EMPATÍA

Pero, ¿cuál es el mecanismo mediante el que experimentamos ese terror? Pues básicamente la empatía. El ser humano tiene una capacidad natural para imaginarse lo que el otro siente, ponerse en su piel. Es muy impor-

La psicología del terror tiene en el séptimo arte su perfecto aliado. Este artículo analiza la relación turbulenta entre el espectador y la fábrica de pesadillas.

VALORES



tante para nosotros como animal social y favorece las interacciones con nuestros congéneres. Es esto a lo que Aristóteles se refiere cuando habla de piedad. Es la compasión suscitada por el dolor o el sufrimiento de otro y además este padecimiento precisa la opinión de que la persona no merecía tal sufrimiento. Aristóteles señala que la piedad guarda una estrecha relación con la creencia de que uno es también vulnerable, que se puede padecer un mal similar al que padece quien suscita nuestra piedad. En definitiva, lo que nos suscita piedad es lo que tememos que podría ocurrirnos a nosotros mismos. El terror se experimenta ante potencias que pueden disponer de nuestra vida, sin defensa posible por nuestra parte.

La teoría psicológica moderna nos explica que las películas de terror producen en nosotros dos efectos fisiológicos básicos: el sobresalto y el miedo.

El sobresalto nos acompaña desde la primera proyección cinematográfica, cuando los espectadores que se encontraban en el café Indian de París presenciaban como un tren llegaba a la estación de Ciotat. Es una reacción básica, universal y no susceptible de control voluntario. Neurológicamente se produce una inhibición de las partes más evolucionadas del cerebro, que se vuelven incapaces de integrar un estímulo brusco. Es una respuesta rápida, aunque transitoria, previa a un comportamiento secundario emocional como sería el miedo.

CINE Y TERROR

El Miedo, el temor, es una emoción más compleja. Suele ser un afecto brusco pasajero e intenso, que se desencadena por un estímulo que puede ser real o como en el caso de la proyección cinematográfica, imaginario o simbólico. Origina un desequilibrio psíquico que actuaría

como un estimulante para la adaptación del sujeto a la causa que lo ha desencadenado. Nuestro cerebro primitivo se pone al mando, y actúa como siempre ha hecho durante miles de años, preparándonos para defendernos o para huir. Se activan las funciones indispensables para sobrevivir y se frenan aquellas que no son necesarias de forma inmediata, como son la digestión, la reproducción o el crecimiento. Las pupilas se dilatan, la respiración se acelera, el corazón late más deprisa, se incrementa la sudoración e incluso se nos pone el pelo de punta, cuando los músculos piloerectores tiran de nuestro vello para simular que somos más grandes y dar más miedo a nuestro posible oponente, como sigue haciendo todavía nuestro gato. Y todo esto sin salir de la sala cinematográfica. Quizás por eso se llega a disfrutar de esta emoción cuando visionamos una película de terror, en cierta medida, sabemos que nos encontramos en una posición de control.

LA IMPORTANCIA DE LA ATMÓSFERA

Pero, ¿qué mecanismos utilizan los directores cinematográficos para provocar en nosotros estas emociones? Las películas de este género utilizan una serie de estrategias para provocar el temor en el espectador. Cada arte narrativa conlleva implícitamente unas ciertas características especiales a la hora de narrar historias. El cine, sin duda, destaca por su capacidad para recrear "atmósferas". En el caso de las películas de miedo, conseguir esa "atmósfera" particular que nos predispone a experimentar esa particular respuesta fisiológica, es sumamente importante. Empecamos por la alteración de nuestra percepción. En este sentido la oscuridad es un medio principal. Como seres visuales que somos, y de hábito diurno, tenemos un innato miedo

a la oscuridad, dado que nuestro principal sentido se ve mermado en ella. Nuestro cerebro necesita información precisa para discriminar lo que nos rodea y tiende a rellenar la información que le falta. La oscuridad nos lleva a pensar en lo que esconde y, como no se controla lo que puede haber allí, causa miedo. La penumbra es el lugar ideal para ocultar nuestros monstruos. La oscuridad y la noche serán por lo tanto el entorno más común a los relatos cinematográficos de terror.

Podemos también jugar con los aspectos formales del lenguaje cinematográfico, para crear una atmósfera que nos convenga. Como por ejemplo los movimientos de cámara dinámicos y la abundancia de travellings de acercamiento y alejamiento en huidas y persecuciones. También la profusa utilización de la cámara subjetiva, que nos permite evocar el punto de vista del personaje que sufre o está a punto de sufrir las acometidas del mal, reduciendo y seleccionando la información que se nos muestra mediante el encuadre. Todas estas son soluciones comunes de puesta en escena, llevados a sus máximas posibilidades experimentales en ejemplos como "El proyecto de la bruja de Blair" o "Monstruoso" donde se llega incluso al extremo de que sean los propios protagonistas los que supuestamente nos muestran la acción, filmándola con sus propias cámaras.

También podemos dilatar el tiempo cinematográfico para prolongar el suspense. Y así podemos ver esos personajes que de forma temeraria, recorren lentamente interminables pasillos abriendo puertas o escudriñando escondrijos, mientras nosotros esperamos el sobresalto al doblar cualquier esquina o al mirar debajo de una cama.

Una estrategia habitual consiste en suministrar al espectador más información de la que dispone el personaje que sufre la acción, un recurso propio del cine de suspense. Así podemos ver al bañista que ignora que un amenazante tiburón nada bajo sus pies, o la despreocupada muchacha que entra en una habitación mientras vemos al asesino agazapado tras la puerta.

LOS PERSONAJES

Otro aspecto importante se refiere a la construcción del personaje que nos inspira temor. El cine de terror bebe directamente de la novela gótica y romántica de finales del XVIII y el XIX. En primer lugar podríamos hablar de los personajes sobrenaturales, demonios y fantasmas. Los primeros ejemplos cinematográficos son de este tipo. Películas tempranas de Georges Méliès tendrán demonios de todo tipo como protagonistas. Entre estas obras "Le Manoir du diable" es de 1896 y es considerado el primer film de terror (recordemos que los hermanos Lumière inventan el cinematógrafo solo un año antes) y en la que también aparecen esqueletos, fantasmas y brujas. "Le diable au convent" de 1899, "Les Quatre cents farces du diable" de 1906, o las distintas versiones del Fausto de Goethe, la más temprana de 1897, son ejemplos de esta temática. Títulos modernos de gran éxito contiúan experimentando con esta variante sobrenatural dando ejemplos tan destacados dentro del thriller psicológico como "El sexto sentido de 1999, escrita y dirigida por M. Night Shyamalan o "Los otros" de Amenábar de 2002.

Una segunda categoría estaría formada por los personajes derivados de la desnaturalización del ser humano. Esta desvirtuación del hombre será en primer lugar

de forma física, dando lugar a los monstruos clásicos de la literatura de terror que posteriormente pasarán con éxito al cine. A esta categoría pertenecen las criaturas pseudohumanas creadas por la mano del hombre y que escapan al control de su creador. "Der golem" de Paul Wegener es una película de 1915 que recoge la leyenda medieval judía de la creación de un hombre de arcilla. "Homunculus" es una serie cinematográfica alemana de 1916 sobre como un profesor crea un hombre artificial que tras conocer sus orígenes comienza a despreciar al género humano. En esta misma línea se encuentran las numerosas versiones cinematográficas de la novela de Mary Shelley, Frankenstein.

La literatura dará al cine otros importantes personajes basados en la desvirtuación física del ser humano: los vampiros, el hombre lobo, la momia etc. Los Vampiros gozaban ya de una larga tradición literaria desde el siglo XVIII y serán prontamente llevados al cine con el serial "Les vampires" de Louis Feuillade realizado entre 1915 y 1916. Pero será sobre todo el Drácula de Bran Stoker el gran referente literario de sus numerosas versiones cinematográficas, el "Nosferatu" de Murnau de 1922, el "Drácula" de 1931 protagonizado por Bela Lugosi o las numerosas versiones de la Hammer protagonizadas por Chistofer Lee.

Del mismo modo que la literatura de terror evolucionó hacia el terror psicológico, el cine de terror desarrolló posteriormente personajes desvirtuados psíquicamente, dando lugar a numerosos títulos protagonizados por asesinos perturbados y psicópatas, con el gran referente moderno de "El silencio de los cordeiros".

Aún debemos considerar otra categoría formada por criaturas animales monstruosas, desde "El monstuo de la laguna negra" (1954) hasta "Alien" (1979) pasando por los numerosos monstruos japoneses que dan lugar incluso a un género propio, el kaijude, de entre los cuales el más famoso sería "Godzilla" (1954). Estos últimos grandes monstruos vendrían a recoger el temor en plena guerra fría a las catástrofes nucleares, que para los japoneses era una preocupación muy real al haber sufrido las consecuencias de la utilización de armas nucleares en sus ciudades. En este sentido una película norteamericana de 1953, "El monstruo de los tiempos remotos" fue la que inauguró el subgénero de los monstruos atómicos.

Algo parecido sucede a partir de las grandes crisis económicas de los años 70, cuando a raíz del alza del precio del petróleo, surge un nuevo subgénero, el cine de catástrofes, que vendría a reflejar un miedo colectivo; el temor que sufrían las sociedades occidentales ante el devenir incierto que auspiciaba la crisis. Títulos como "La aventura del Poseidón" (1972) "Terremoto" (1974) o "El coloso en llamas" (1974) ejemplifican perfectamente este período.

Como vemos el cine de terror viene a permitirnos proyectar nuestros miedos individuales y colectivos. El ser humano tiene una enorme capacidad de aprender de los demás. Ver películas de terror es una forma de gestionar nuestros miedos de una forma casi homeopática, sometiéndonos a una pequeña cantidad del mal con el fin de exorcizar nuestros temores. Eso sí, cómodamente sentados en la butaca del cine.■